

Caballo al verde

Subida al Olimpo

MELCHOR FERNÁNDEZ DÍAZ

José Antonio Muñiz, alcalde de Riosa, ha definido al Angliru como el Olimpo del Ciclismo y la comparación no puede ser más afortunada. El Olimpo era para los griegos el lugar donde vivían los dioses y en el Angliru es donde manifiestan su plenitud esos dioses de nuestro tiempo que son los deportistas. La diferencia estriba en que los dioses griegos, para manifestarse a los mortales debían bajar desde su alta morada, mientras que los ciclistas para sacralizarse han de ascender a ella.

El Olimpo genuino, situado al Noroeste de Grecia, entre Macedonia y Tesalia, es una montaña imponente. Con sus 2.985 metros de altura supera en más de 300 metros la máxima altitud de los Picos de Europa. Homero situó en su cima la morada de Zeus y su corte quizá porque, cubierta como estaba de nubes habitualmente, se la podía considerar como frontera entre la tierra y el cielo. Los hombres de todo el mundo han solido asociar las altas cumbres con la residencia de la divinidad y ni siquiera la llegada de los montañeros a esos supuestos recintos sagrados ha logrado siempre destruir el mito. Cuando Edmund Hillary coronó la cumbre del Everest y se entregó a gozar de aquel momento de plenitud mirando en todas las direcciones tardó unos momentos en advertir que su compañero de cordada, el sherpa Tensing Norgay, estaba enterrando unos pequeños objetos en la nieve. Eran chocolatinas y frutos secos que ofrecía a los dioses que, según había creído siempre su pueblo, vivían allí.

El Aramo mismo tiene nombre de dios: su denominación es un teónimo. Pero ese territorio, que la naturaleza se esmeró en definir como sagrado, es, sobre todo, un monte de los hombres, un ámbito profundamente humanizado. El Aramo sintetiza Asturias: lo que ha sido y lo que permanece. Es, desde los tiempos más lejanos, una tierra de ganaderos y mineros. De los antiguos pastores queda el testimonio de los túmulos que construyeron, por ejemplo, en La Cobertoria. Y los hallazgos de la mina prehistórica de cobre situada por encima de Llamo, de unos 4.000 años antes de Cristo, constituyen el testimonio más remoto de la actividad minera en Asturias.

Hoy riosanos y morciniegos siguen siendo, como entonces, mineros y ganaderos, a menudo las dos cosas a la vez. La minería, ahora del carbón, ha permitido medrar a los pueblos del fondo del valle, donde se concentra la población. La ganadería, sin dejar de ser un recurso, es quizás en mayor medida una vocación. La ascensión al Aramo reserva muchas emociones, pero no es la menor la de comprobar cómo éste es un ámbito en el que se mantiene viva esa cooperación entre el hombre y el medio que hace único el paisaje de Asturias. Hace pocos días subí hasta la Cueva les Cabres y todo estaba a punto. La carretera,



Una vista de la subida al Angliru.

J. R. SILVEIRA

desde luego, pero, siendo eso fundamental para la etapa de hoy, no me pareció lo más significativo. Lo realmente emocionante era comprobar que, de la retícula densísima que forman las propiedades que se distribu-

El Aramo es una síntesis de Asturias, con su naturaleza imponente profundamente humanizada y una historia en la que se conjugan los vestigios más remotos de la minería y una permanente vocación ganadera

yen por la pendiente ladera, no había ningún prado sin segar, ninguna seba sin rozar, ninguna cabaña en abandono. Por si fuera poco, y en contraste con el aspecto agostado que tiene estos días casi toda Asturias tras un verano excepcionalmente seco, los prados estaban sorprendentemente verdes. De esa forma se realizaba hasta la plenitud la

combinación de la pradería con un arbolado que aquí ofrece toda la gama de especies autóctonas: castaños, en la zona baja, robles a mitad de ladera, hayas más arriba y después, carrascos y espineras.

Sobre los mil trescientos metros de altura termina el bosque, o la biesca, y reina la peña desnuda. Pero en lo más alto vuelve a aparecer el verde. En contraste con lo abrupto de sus paredes, el Aramo se suaviza arriba en una meseta amplia y ondulada, tapizada de espléndidos pastizales, que en la primavera y el verano se llenan de ganado. Por ese motivo, para atender mejor las reses, se construyó, como empresa municipal, la carretera al Angliru. Lo que nació como un desafío a lo imposible se convirtió como un reto a lo inverosímil. La primera vez que llegué con el coche al pie de la Cueva les Cabres lo dejé en la curva y continué a pie. Todavía hoy prefiero seguir haciéndolo, a pesar de que aquella rampa estrecha e inclinadísima y colgada sobre el precipicio, sobre la que malamente se podían cruzar dos vehículos, se ha convertido, sin perder su intimidador gradiente, en una carretera con quitamiedos.

Esa rampa tremenda es algo más: un mirador formidable. La primera vez que Tony Rominger subió al Angliru comentó, con evidente acierto, que la ascensión —él la hizo en coche— permi-

tía ver Asturias como desde un ascensor panorámico. Y es cierto que se ve muchísimo, casi todo desde el centro hacia el Oriente. Oviedo queda al lado. La costa, casi. La llanura central, contemplada a vista de pájaro, lo parece por una vez. Y emergen todas las cordilleras —la Cantábrica, el Suevo, el Cuera— y, naturalmente, los Picos. La otra mitad de Asturias se ve también desde el Aramo, desde la carretera que, por la Cobertoria, sube hasta lo alto del Gamoniteiru.

Para quien ha de subir al Angliru en bicicleta el goce se transforma en un sacrificio durísimo. Para los cicloturistas el premio es vencer a un gigante, el mayor de todos, pero, sobre todo, la autoestima de vencerse a sí mismos. Para los profesionales, una gloria que ya se supone sin parangón aunque la historia del Angliru no haya hecho más que empezar.

Hoy se escribe su segundo capítulo. En el primero, el año pasado, las nubes se empeñaron en ser parte del espectáculo. El Angliru se sintió más que se vio. Ayer había bruma en la falda y sol en la cumbre. El pronóstico para hoy es incierto. De nuevo miles de fieles estarán presentes en el santuario. Todos desean un día espléndido, pero nadie debe sentirse decepcionado si las nubes se empeñan otra vez en borrar los límites entre la tierra y el cielo. El Olimpo, digo el Aramo, es así.